

rehenes eginetas, sino que, por el contrario, comenzó de nuevo la guerra contra Egina (488) con implacable odio. Atenas se alió con el egineta Nicodromos, que quería, con auxilio de los atenienses, destruir la nobleza de su isla; pero cuando Nicodromos, al frente de sus partidarios, había ya sorprendido la acrópolis de Egina, vió que la escuadra ática no ocupaba oportunamente la posición convenida. Entonces huyó, con una parte de los suyos, hacia el Atica, siendo el resto de sus partidarios, unos 700 demócratas, condenados á muerte por la nobleza. Una gran victoria naval conseguida por la escuadra ateniense sobre la egineta, fué el preludio de una guerra destructora entre ambos Estados vecinos, guerra que se continuó con una tenacidad y crueldad inauditas.

VIII.—PLANES MARÍTIMOS DE TEMÍSTOCLES. LUCHA ENTRE ESTE Y ARÍSTIDES

Tal era el calamitoso y adverso estado de las cosas, ante el peligro inminente de una nueva invasión persa; pero el genio de Grecia vigilaba. Había por fortuna sucedido á Cleomenes en el trono de Esparta su cuñado Leónidas, una de las mas eminentes figuras del pueblo militar laconio, y en Atenas aparecía en primer término Temístocles, hombre de Estado dotado de relevantes cualidades, que consiguió, gracias al buen éxito de la guerra con Egina, preparar las armas para la salvación de su patria. El admirable político ateniense, que veía claramente el inminente peligro que desde Susa amenazaba á los helenos, observó con terror los grandes preparativos que hacia el poderoso rey. Cuando en 487 el rey persa se vió obligado, por una inesperada sublevación de los egipcios, á dirigir sus fuerzas contra estos, antes que á atacar á los griegos, no titubeó ni un momento el célebre ateniense en aprovechar aquel intervalo, que podía ser útil para la salvación de su pueblo. La posición natural del Atica, tan favorable para disponer una gran fuerza marítima, le sugirió la idea de convertir todas las fuerzas del canton en fuerzas navales; consideró posible formar una escuadra ática que protegiese los mares contra los persas, que formase el núcleo de una escuadra panhelénica, y que en todas circunstancias pudiera oponer grandes obstáculos á la armada de los persas, sin la cual no podían avanzar las tropas del gran rey, oponiéndose así á sus movimientos, como al aprovisionamiento del ejército de tierra. En aquella época Atenas, Egina y Corinto juntas solo podían ofrecer un total de 220 buques de guerra; pero Temístocles, instruyendo debidamente á los ciudadanos de la cuarta clase del censo en el servicio de mar, quiso que el Atica pudiese armar y equipar por sí sola 200 buques de línea. Con gran sabiduría, aprovechó, sin ocultar su intento á los persas, el apasionado furor de sus campesinos y del demos contra Egina, para llevar á cabo su plan. En 487 propuso la construcción de 20 nuevas triremes, repitiendo todos los años la misma proposición. Los medios para subvenir á los gastos que debía ocasionar la construcción de astilleros y puertos, esperaba proporcionárselos ante todo, gracias á la decisión tomada por la Bula y la Iglesia, de consignar para tal empresa los productos anuales de la explotación de las minas de oro láuricas, pertenecientes al Estado, que desde el destronamiento de Hípias habían sido distribuidas entre los ciudadanos.

Todo se hizo á medida de su deseo; pero no tardó mucho Temístocles en encontrarse con una vivísima oposición, que le hacia el mejor de todos sus contemporáneos, Aristides. Cuestiones de política interior fueron causa de que el antiguo aliado de Clístenes se convirtiese en implacable enemigo del gran fundador de la marina ática. Aristides no tenía confianza alguna en Temístocles. Consideraba imprudente, inmediatamente despues de la batalla de Maraton, en que tanta gloria

habían ganado los hoplites, prescindir de las mejores tropas de Atenas; y recordando la batalla de Lade, tuvo por imposible reorganizar una escuadra ática que pudiese compararse con la de los persas. Cuando el plan de Temístocles iba á llevarse á cabo, y cuando para ello se instruía en el servicio de mar á los tetes, consideróse, segun la tradición solónica, y segun el claro espíritu de justicia del honrado Aristides, que una de las inevitables consecuencias de todo ello seria el establecimiento de la igualdad política entre las cuatro clases en que se dividía el pueblo. Parecióle mal á aquel hombre de Estado que la democracia ática, cuyos distintos elementos estaban constituidos hasta entonces por la posesión de tierras en sus diversos grados, fuese determinada y dirigida por los elementos movibles de capitalistas, armadores, marinos y fabricantes; y por eso negó á Temístocles su apoyo personal. Debía llegar, sin embargo, el día en que Aristides, lleno de admiración, sin envidia alguna, debía tender noblemente su mano al poderoso rival. Trabajó por de pronto una lucha parlamentaria entre estos dos altos personajes, lucha que se hizo cada vez mas violenta, y que acabó por tomar en Aristides un carácter sistemático.

Entre tanto, el imperio persa iba venciendo poco á poco la sublevación de los egipcios. Muerto Darío en 485, su joven sucesor, Jerjes, despues de haber dominado por completo la sedición de los pueblos del valle del Nilo (484), hizo nuevos y extraordinarios preparativos para atacar á los griegos. Hacíase cada vez mas necesario que la dirección política del Estado ático se asegurase por medio de la unidad de principios políticos y que cesasen las luchas intestinas que sostenían los partidos; á cuyo fin no hubo mas remedio que apelar al ostracismo. Por fortuna para Atenas, la mayoría del demos decidió en la primavera de 483, que el mas noble de los atenienses debía ceder ante el gran hombre de Estado, único que se hallaba en condiciones de dirigir á los helenos en los peligros que en un porvenir no lejano les amenazaban. Desde entonces organizó Temístocles sobre nuevas bases la escuadra y la marinería de su Estado, que le confió el mando de la marina de guerra. Planteóse seguidamente el sistema de la trierarquia, segun el cual debían correr de cuenta de los ciudadanos ricos, y en parte de los capitalistas, los gastos que ocasionasen la tripulación y el sostenimiento de los buques del Estado. El servicio marítimo de los tetes, así como el de los hoplites, convertidos en infantería de marina, fué debidamente organizado. Y mientras la nueva escuadra y las nuevas tripulaciones se adiestraban en la sangrienta lucha con Egina, logró en 482 Temístocles, nombrado por segunda vez primer arconte, que los atenienses, en vez de considerar como centro de la navegación el insuficiente golfo de Falero, reconociesen como tal el sistema de puertos y penínsulas de Muniquia y el Pireo, y comenzasen en estos puntos la construcción de las obras y de las fortificaciones necesarias así para tiempo de paz como para tiempo de guerra. No habían terminado todavía esas obras, cuando se inició para Grecia la destructora catástrofe.

IX.—SICILIA. ACRAGAS. LA TIRANÍA DE GELON EN SIRACUSA

Mientras las cosas presentaban en Asia un carácter cada vez mas amenazador, en Grecia los patriotas pensadores pusieron la vista en la Sicilia griega, donde acababan de elevarse dos nuevos Estados militares muy importantes, de los cuales creían poder esperar en el momento de la crisis un poderoso auxilio. En aquella isla apareció poderosa la soberanía democrática de los griegos, en cuanto hubo desaparecido la tiranía en la Grecia central y oriental. La enemistad entre los propietarios de tierras excesivamente ricos y el demos, por regla general tan exigente como bien fundamentado bajo el punto

de vista material, fué causa en Sicilia de graves conmociones interiores. La circunstancia de que desde el tiempo de Zio las rentas de los dominios del Estado no ingresasen en las cajas de la comunidad, sino en las de los nobles que descendían de los antiguos habitantes, bastó para originar aquella oposición. Así como las ciudades jónicas aceptaron gradualmente las formas timocráticas, los lugares dóricos, por el contrario, se desarrollaban bajo la tiranía. Este hecho se comprueba por primera vez en Acragas. Esta ciudad, fundada en 582 por los de Gela, y famosa por su comercio de aceite, por su cria de caballos, y por sus canteras, se hallaba regida, desde 565, por el príncipe Falaris de Astipalea. General afortunado, extendió el territorio de su ciudad conquistando algunas comarcas del interior que ocupaban los sicelios; pero su soberanía, que la tradición ha revestido de ciertos colores poco agradables, era en extremo dura, por lo cual fué derribada en 549 por una sublevación dirigida por el noble Telémaco, de la rica casa de los Emménidas, descendientes de Thera. No faltaron entonces repetidas sublevaciones contra la restablecida soberanía de los nobles; hasta que el Emménida Theron aprovechó la circunstancia de haber sido nombrado jefe del ejército para nombrarse príncipe de Acragas, y ejercer una soberanía inteligente, justa y popular. Sus conquistas sobrepusieron á las de Falaris, pues se apoderó de todo el centro de la isla, y robusteció su poder sosteniendo íntimas relaciones con la casa reinante de Siracusa, que entonces había llegado á un alto grado de fuerza y esplendor.

El nuevo incremento de Siracusa estaba en íntima conexión con la principal potencia de los siceliotas. El tirano Cleandro había logrado apoderarse en 505 de la soberanía de la colonia rodia de Gela, despues de largas y variadas contiendas entre los nobles y el demos. Asesinado en 495 este príncipe, sucedióle en el trono su hermano Hipócrates, muy dado á la guerra, que reunió un ejército de mercenarios formado en gran parte de sicelios, tomó á su servicio varios griegos (1), y no solo sujetó á varias razas de sicelios, sino que redujo á su dominación algunos lugares calcidios, como Naxos, Leontini y otros. En 494 se apoderó de la importante plaza de Zancle, si bien no la pudo conservar mucho tiempo, pues durante una guerra con Siracusa, Anaxilao, oriundo de una familia de la antigua nobleza mesenia, y príncipe desde 495 de la italiota Regio, conquistó la vecina ciudad de Zancle, que á partir de aquel momento tomó el nombre de Mesana, la pobló con nuevos habitantes, y para robustecer su poder se alió, por medio de un matrimonio, con el príncipe Terillos de Himera. Hipócrates, entre tanto, emprendía una enérgica lucha contra la nobleza de la ciudad de Siracusa, y despues de una gran victoria ganada en 495 junto al río Heloros, llegó hasta los muros de aquella ciudad. Entonces Corinto y Corcira negociaron una paz entre los dos beligerantes, por la cual se cedió al príncipe de Gela la ciudad y todo el territorio de Camarina.

Muerto Hipócrates al año siguiente, durante el sitio de la sicelia Hibla, la nobleza de Gela restableció la soberanía de la aristocracia. El ejército sitiador de Hibla no se daba, en tanto, punto de reposo y nombraba su jefe al hijo de Deinómenes, Gelon, hombre dotado de eminentes cualidades, que debía conservar el trono para el hijo de Hipócrates. Pero cuando Gelon hubo derrotado al contingente de los nobles, se apoderó de la corona y siguió con energía el plan no solo de conservar el imperio de su predecesor, sino de extenderlo por toda la mitad oriental de Sicilia, lo cual no podía suceder hasta que el centro de sus dominios fuese Siracusa, ciudad que pudo tomar gracias al cruel furor de los partidos

(1) Theron de Acrágoras recibió en su ejército la educación militar.

siracusanos. La nobleza, es decir, los llamados geomoros, grandemente conmovidos por la batalla de Heloros, fueron arrojados de la ciudad por una sublevación del demos y de los celeisios, ó sea los indígenas de las tierras poseídas por la aristocracia, y se vieron obligados á dirigirse á Casmene. Ciegos de cólera y privados de reflexión, solicitaron los nobles el apoyo de Gelon contra su demos; consecuencia de lo cual fué que cuando, en 485, el príncipe de Gela apareció delante de Siracusa, el demos entregó la ciudad al tirano amigo del pueblo, el mas importante de cuantos hasta entonces habían conocido los helenos. Gelon, entonces, hizo todo cuanto era preciso para aumentar el esplendor de Siracusa, ciudad en la cual fijó su residencia, y que por su situación y por sus puertos estaba destinada á ser, con el tiempo, la capital de la isla. Los medios que para conseguir este objeto empleó, eran únicamente posibles en una comarca colonial de población inquieta y solo asequibles á un tirano que podía apelar á la severa razón de Estado. No quiso Gelon acumular en Siracusa un gran proletariado, sino formar una burguesía poseedora de algunos bienes, que, bajo su protección, alcanzase un completo bienestar y pudiese ser una segura defensa de su soberanía. Para esto llamó á Siracusa á los habitantes de Gela, donde á la sazón gobernaba su hermano Hieron, como regente, y los estableció en la nueva capital de los territorios siceliotas orientales. También fueron destinados á repoblar la comarca los ricos habitantes de las ciudades calcidicas; y finalmente despues de la conquista de la hiblea Megara (484), los proletarios de esta ciudad fueron vendidos en los países extranjeros de allende los mares, mientras la nobleza y el demos eran trasladados á Siracusa.

Siracusa, limitada hasta entonces á la isla Ortigia, se extendió por las costas que frente á ella se encontraban: la isla Ortigia fué convertida en ciudadela; y así como Siracusa por ser la ciudad central, representaba la unidad del imperio oriental siceliota, Ortigia venía á ser el centro de la fuerza que Gelon había creado. En Ortigia se habían emplazado los almacenes, el arsenal, los astilleros; en ella se encontraba el puerto de guerra para una marina que podía disponer de 200 buques de línea; y en ella mantenía el príncipe 4,000 infantes y 4,000 soldados de caballería, á los cuales podía agregarse un contingente de 20 á 30,000 hoplites. La soberanía sobre los primitivos habitantes sicelios proporcionó á Gelon no solo el dinero suficiente para pagar á los soldados, sin tener que recurrir á las contribuciones de los griegos, sino tropas formadas por disciplinados sicelios, con las cuales podía tener á raya la gran ciudad nueva y los elementos griegos que le eran hostiles. Finalmente, asegurada la alianza con Theron de Acragas y por ella protegido, pudo seguir Gelon una política extranjera tan hábil como atrevida.

No debe culparse á Gelon ni á los hombres de Estado de la Grecia central, si esta imponente fuerza de los siceliotas no contribuyó, como veremos mas adelante, á la lucha emprendida contra los persas. Los helenos podían comprender claramente, en 483, que no tardaría mucho en descargar sobre ellos la tempestad que por parte de Persia les amenazaba; pues debían observar que el rey Jerjes estaba decidido á llevar á cabo el plan de Mardonio, para lo cual hacia astutamente todos los preparativos necesarios. Los fenicios de Eleus y los pueblos limítrofes del Atos trabajaban en el canal que se construía al través del istmo que unía la montaña y su península, situada en la comarca de Sane y Acantos, con la Calcidia, canal que debía permitir á la escuadra persa hacer la travesía sin tener que doblar el temible cabo. Preparado ya el paso del Helesponto, mandó Jerjes poner en buen estado los caminos que desde aquel debían conducirle á la

Macedonia, y establecer grandes almacenes en Sardes y en todas las estaciones desde Doriscos hasta Tempe. Heredero de muchas de las cualidades que adornaban á su sabio padre, al cual se parecía en extremo por su experiencia táctica, tenaz perseverancia y gran penetración, Jerjes, jóven todavía, animoso y amante de la gloria, dispuso mal desde un principio su empresa, pues, acostumbrado á las batallas orientales, puso en pié de guerra contra los griegos un ejército tan colosal, que la dirección y manutención del mismo debían sobrepujar á todos los cálculos que se habían hecho. Grecia se consideró perdida al tener noticia del formidable ejército que desde el verano de 481, procedente de todas las comarcas orientales interiores, se iba reuniendo en Critalla (Capadocia). Durante el otoño del propio año apareció Jerjes que condujo las tropas á Sardes para que ocupasen los cuarteles de invierno.

X.—PREPARATIVOS DE GRECIA CONTRA JERJES Y SITUACION DE LOS GRIEGOS

En Grecia todavía no se habían terminado los preparativos necesarios: Esparta no había hecho casi nada; Jerjes no quiso aceptar la noble abnegación de dos jóvenes espartanos, Spertios y Bulis, que se dirigieron á Susa para ofrecerse espontáneamente al gran rey, como víctimas expiatorias del asesinato de los heraldos persas cometido por sus compatriotas en 491. En Atenas el gran Temístocles, á última hora dió el primer impulso á la organización de una resistencia panhelénica. A este fin y á instancias de Atenas, convocó Esparta, durante el otoño de 481, un consejo de todos los griegos que debía reunirse en el istmo de Corinto, para tratar del sostenimiento de la guerra contra los persas. Concurrieron á él los enviados de Esparta y de su simaquia, los de Egina, Atenas, Platea y Tespie.

Gracias á los esfuerzos de Temístocles y de Queileo de Tegea, se suspendieron las luchas intestinas que desgarraban á los griegos, especialmente la guerra entre Egina y Atenas. Cuando se supo que Jerjes había llegado á Sardes, se enviaron representantes áticos y espartanos á todos los Estados griegos, para decidirles á tomar parte en la lucha, lo cual fué ocasion de que sufriesen terribles desengaños. Muchas comunidades eran presa de invencible terror ante el peligro de la invasión persa; y, lo que era peor aun, las mas de las veces antiguas enemistades, ó egoístas consideraciones de partido hacían que muchas ciudades griegas abrazasen la causa de los persas. El oráculo de Delfos, además, había perdido la confianza y la serenidad de ánimo, y sus respuestas infundían por todas partes el desaliento. Los cretenses y los aqueos del Peloponeso se mantenían neutrales: los argivos, animados de un implacable odio contra Esparta, no quisieron oír proposición alguna que se refiriese á asuntos griegos; era, pues, evidente que querían conservar la libertad de poderse aliar con los persas. Además, habían pasado todo el tiempo, durante el cual se iba á resolver un gran conflicto histórico, en renovar su burguesía. Cuando los hijos de los hoplites muertos en Sepeia llegaron á ser hombres, arrojaron á los que habían conquistado el derecho de ciudadanía, y robustecieron su fuerza con la admisión en su clase de una parte de sus periecos aqueos de Ornea é Hysia. Si el rey Jerjes no utilizó la posición geográfica de Argos para facilitar su terrible ataque contra el Peloponeso, no fué ciertamente por culpa de los argivos; por lo menos su conducta lo dió á comprender así á la Grecia central y septentrional. La nobleza tesálica mostróse en aquella ocasión mas patriótica y decidió tomar parte en la lucha. Los Aleuadas llegaron á llamar á Grecia al gran rey y la aristocracia de Tebas, en su

odio contra la democrática Atenas, esperaba tan solo un momento propicio para pasarse á los persas. La potencia marítima de la Corcira hacia pomposos ofrecimientos; pero en la práctica contemporizó su comunidad de un modo ignominioso, y con artificiosa astucia procuró evitar su participación en la guerra. Pero lo que mas particularmente descorazonó á los griegos fué el ver que tampoco podían esperar auxilio alguno de Siracusa. La alianza con Gelón no pudo llevarse á cabo, porque, según se dice, los griegos de la madre patria se negaron á confiar á este príncipe el mando del ejército de tierra ó de la escuadra. En realidad, esta alianza poco hubiera aprovechado á los griegos en su lucha contra Jerjes, pues el terrible ataque que los persas dirigían al Este de Grecia, debía ser secundado por otro ataque dirigido por los cartagineses contra las comarcas occidentales.

XI.—CARTAGO. SU ENEMISTAD CON LOS SICILIOTAS

Una gran colonización, procedente de la poderosa ciudad de Tiro, había poblado, desde muy antiguo, los apartados territorios del Oeste del mar Mediterráneo: durante el siglo doce poblaron los fenicios las islas de Melita (Malta) y Gaulos, colonizando además la parte occidental de la Sicilia, en donde fundaron varias ciudades como Rus Melkart ó Heraclea Minoa, Motye, Eryx, Macanath (Panormos) y Soloeis. Cerdeña, con su capital Caralis, también había sido en parte colonizada, en parte construida por ellos. En 1100 antes de Jesucristo, por un lado atravesaron el estrecho de Gibraltar, fundando en España la soberbia Gadir (Cádiz), y por otro sentaron su planta en las comarcas septentrionales del Africa, donde fundaron á Hippo Zarythos y mas tarde Itika ó Utica. El número de colonias africanas fué aumentando á partir de aquella época, estableciéndose una segunda Hippo frente á las costas meridionales de Sardes, la plaza de Adrimeto ó Hadrumetum y otras. La poderosa ciudad, situada en el litoral del Oeste del mar Mediterráneo, que estaba destinada á fundar un gran imperio colonial fenicio, fué levantada á mediados del siglo noveno. Cuando murió el rey tirio Muton, en el año 852 antes de Cristo, debieron ejercer juntos la soberanía sus dos hijos, la princesa Elisa, casada con su tío Sicharbaal (Siqueo), y Pigmalion; y como este era menor de edad, de aquí que Sicharbaal fuese de hecho el que llevase las riendas del gobierno. Llegado que hubo Pigmalion á los diez y seis años, conquistó para sí solo la soberanía, ayudado por la masa del pueblo, y mató á su tío y cuñado en 846, pasando á Tiro su hermana viuda, acompañada de todos aquellos que no quisieron sujetarse al régimen del nuevo soberano. Habiendo hallado estos fugitivos una nueva patria en el norte del Africa, fundaron junto á la antigua Utica, y quizás bajo la protección de ésta, la orgullosa ciudad que los fenicios llamaron Karthada (*Nueva Ciudad*), los helenos Karchedon y los romanos y modernos Cartago.

Cartago fué fundada exclusivamente como colonia mercantil: sus primeros pobladores compraron el derecho de poseer el territorio de la nueva ciudad, mediante un tributo que pagaban, á cambio de los bienes y del suelo, á los caudillos de los maxyos ó maxitanos, antiguos habitantes libios y berberiscos de la comarca, tributo que subsistió probablemente hasta el año 450 antes de Jesucristo. Gracias á su excelente situación, pronto sobrepujó esta ciudad á todas las fundaciones fenicias de Africa y aun á las de la antigua patria. Cartago, distante unas treinta millas de Sicilia, se alzaba en la costa de una fértil comarca montañosa, cerca de la desembocadura del río Bagradas, corriente que atraviesa las mas ricas comarcas del norte de Africa. El

puerto de aquella ciudad era el mejor fondeadero del golfo de Túnez: algunos pozos abiertos en la playa suministraban aguas potables. No lejos de la costa, y en una roca cortada á pico, de 60 metros de altura por 4,000 de circunferencia, se fundó la nueva ciudadela de Byrsa, cuyos primeros habitantes construyeron en ella el templo de Esmun: esta acrópolis era en un principio la ciudad propiamente dicha; pero luego se fué formando gradualmente á su alrededor la ciudad baja, que primero se extendió hasta el puerto en dirección hácia el Sur, y acabó por llegar al mar gracias al ensanche cada día mayor de Cartago.

La situación de esta población era tan favorable para la agricultura, á la cual pronto se agregó la industria, para el comercio y para las transacciones, que en poco tiempo alcanzó un completo bienestar. No tardó mucho tampoco en desarrollarse en ella una política propia, en extremo característica de aquel importante Estado. Como su religión era, lo mismo que en Fenicia, el culto cruel de Moloc, la constitución del Estado nos muestra, desde los tiempos históricos, un notable predominio de los elementos aristocráticos, ó por mejor decir, oligárquicos, compuestos en su mayor parte de comerciantes. La monarquía se convirtió en un cargo anual: la burguesía cartaginesa nombraba anualmente dos *sufetas* que desempeñaban las funciones de jueces supremos y estaban al frente de una Gerusia compuesta de 28 individuos que eran renovados todos los años y que tenían la dirección de los negocios del Estado. Cuando Cartago llegó á formar un gran imperio, sostenido con el auxilio de las armas, fué también de la competencia de la Gerusia el nombramiento de generales, cuyo amplio poder estaba limitado por cierto número de gerontes, que iban á su lado durante las campañas, y de entre los cuales se solían nombrar los comandantes. A menudo era designado para el mando del ejército uno de los *sufetas*. La burguesía, es decir el demos, desempeñaba un papel secundario. En Cartago no se conocían, como en Atica, los derechos del pueblo. Por mas que el demos eligiese los altos funcionarios, se había desarrollado en el nombramiento de los gerontes extraordinaria corrupción; y en la elección de los generales, el pueblo no hacía mas que adherirse á la decisión del Consejo. Este consultaba algunas cuestiones al pueblo, pero solo en los casos en que los gerontes lo estimaban necesario, ó cuando no habían podido ponerse de acuerdo. La importancia del demos, compuesto de la masa de ciudadanos sin bienes, que estaba frente á frente de los grandes capitalistas y de los aristócratas propietarios, pues en Cartago no había clase media, corresponde á un período posterior. En un principio predominó en aquel Estado, como en el de Esparta, una tendencia á la oligarquía; despues adquirieron cierta preponderancia los elementos monárquicos, que triunfaron á fines del siglo sexto gracias á las riquezas y á la gloria militar de la familia Magon.

La política exterior de los cartagineses estaba determinada por sus intereses mercantiles; así es que bajo este punto de vista eran implacables enemigos de los helenos, á los cuales atacaron con tanta energía como éxito durante el siglo vi. Cartago, contando con el fuerte apoyo de su patria fenicia, poderosamente robustecido por el de los grandes reyes asirios y caldeos, rechazó á los griegos de Cirene, y además tuvo que reprimir el establecimiento y extensión que tomaban las razas griegas en Sicilia, Galia, Córcega y España. De aquí la permanente alianza de la ciudad comercial africana con los etruscos itálicos, y el afán que desde 580 claramente mostró de apoyar á los sicelios en sus luchas contra los griegos. De esto resultó por un lado que Cartago, de ciudad puramente mercantil, pasó á ser potencia militar, aunque de carácter es-

pecial; su escuadra era puramente nacional, pero en cuanto al ejército de tierra se componía de mercenarios reclutados en Africa, de entre los agricultores libios y de los nómadas, tan propios para el arma de caballería, y en Italia, Liguria, Galia y España. Por otro lado, durante la segunda mitad del siglo vi la protección que la república de los *sufetas* dispensaba á las ciudades fenicias del Oeste del mar Mediterráneo, convirtiéndose en una hegemonía, y muy pronto en una fuerte soberanía de los cartagineses. En este mismo período, durante el cual el poder de los Aquéménides se extendió por el Oriente hasta las Cícladas, los elementos fenicios del apartado Occidente se unieron formando un imponente imperio.

Las ciudades fenicias de Sicilia fueron todas dominadas, á excepción de Heraclea Minoa, reprimiéndose asimismo el incremento que iban tomando los griegos. Lo propio aconteció con las pequeñas islas vecinas, exceptuando la de Liparis. Los focenses, que desde 562 se habían establecido en Córcega, se vieron obligados por los repetidos ataques de los etruscos y cartagineses á abandonar esta isla en 542 á 536. Algunos años antes, cuando el imperio de los lidios fué aniquilado por los persas, se habían apoderado los cartagineses de una parte de Cerdeña, la cual fué completamente conquistada en 500 por el hijo de Magon. En la misma Africa, donde el inmediato territorio de la república se extendía por el Este hasta los límites cirenaicos del litoral (junto á los llamados altares de los Filenos) y por el Oeste hasta la comarca de Hippo Regius (Bona), ejercía Cartago su soberanía sobre los denominados libio-fenicios, que eran, en parte los antiguos habitantes de las ciudades coloniales fenicias, y en parte los de las nuevas residencias cartaginesas, que gradualmente se habían diseminado por las comarcas del Océano Atlántico. Los antiguos súbditos fenicios que, á excepción de Utica, la cual conservó una independencia nominal, debieron destruir posteriormente las murallas de sus ciudades, proporcionar cierto contingente de tropas y pagar determinadas contribuciones, tuvieron en cambio iguales derechos que los cartagineses, y pudieron establecer con ellos relaciones de igualdad. Las ciudades hispanas estaban también bajo la hegemonía y protección de Cartago: Gades no estaba sujeta al pago de tributos. Allí había fundado Cartago nuevas factorías para el comercio y la pesca, y se había apoderado de las minas del Sur y de las islas Baleares. El fundador del gran poder militar de Cartago fué el mencionado Magon, que vivió en la segunda mitad del siglo vi: sus hijos Asdrúbal y Amílcar y sus nietos Aníbal y Asdrúbal (hijos de Asdrúbal) é Himilcon, Hannon y Gescon (hijos de Amílcar) adquirieron en tiempos posteriores gran celebridad. Dídase, sin embargo, si pertenecieron á esta familia los dos hermanos Himilcon y Hannon, intrépidos marinos, de los cuales el primero emprendió un viaje de exploración hasta las islas Británicas, y el segundo llevó á cabo una expedición para descubrir y colonizar todas las costas del Océano Atlántico.

La enemistad que hacía los griegos sentían los cartagineses, hizo que se aliasen naturalmente con los persas. Cuando Cambises conquistó el Egipto y Cirene, se discutió un plan para someter de paso á Cartago. Pero el haberse redondeado el territorio persa hasta los límites cartagineses, á consecuencia de la expedición de Darío al Danubio, había determinado á los prudentes comerciantes de Cartago á reconocer en 510, bien que bajo una forma muy soportable, la soberanía de los Aquéménides. Esta alianza con los persas, no solo les proporcionó grandes ventajas mercantiles, sino que les permitió esperar, con la ayuda de Persia, subyugar á los sicelios. Cuando el príncipe Gelon de Siracusa hubo robustecido su poder, concibieron él y Theron la idea de conquistar para los griegos las plazas fenicias del Oeste de Sicilia. Es muy pro-